

“LA FUNDACIÓN DE BOLIVIA: SEPARATISMO O LIBERACIÓN”

A pocos días del bicentenario de la independencia boliviana, este encuentro del ciclo *Diálogos al Café – Marcos Escudero* reunió a dos voces lúcidas y complementarias: el analista y columnista Agustín Echalar y la historiadora e investigadora Sayuri Loza. Lejos de celebrar con discursos solemnes, ambos se sumergieron en las contradicciones profundas que dieron origen a Bolivia: una nación nacida entre ruinas, pactos, traiciones, esperanzas rotas y narrativas mal construidas.

Desde una lectura geopolítica y filosófica, hasta un análisis con perspectiva de género, territorio y poder, el diálogo se convirtió en una disección quirúrgica del nacimiento del país. Y, sobre todo, en una conversación honesta sobre qué nos trajo hasta aquí, qué seguimos arrastrando... y por qué todavía no hemos logrado convertirnos en lo que aspirábamos ser.

UNA NACIÓN FORZADA: DE LA ANOMIA IMPERIAL AL CAUDILLO SALVADOR

La tesis inicial de Agustín Echalar fue clara y cortante: Bolivia no nació como resultado de una voluntad emancipadora, sino como subproducto de un colapso geopolítico. Mientras el imperio español se deshacía por dentro, Napoleón invadía la península, y Fernando VII y Carlos IV eran secuestrados por su propia ineptitud, el Alto Perú quedó sin centro ni futuro. Lo que siguió fue una anomia: una descomposición sin norte.

En ese vacío, dijo Echalar, los movimientos de 1809 en Chuquisaca y La Paz no fueron proclamas de independencia, sino reacciones desesperadas ante un mundo en ruinas. Sayuri Loza complementó esta visión con una provocación brillante: la independencia boliviana fue una “lucha entre débiles”. Ningún actor social tenía el poder suficiente para hegemonizar el proceso. Fue necesario importar legitimidad, y así se convocó la figura de Bolívar. No por mérito revolucionario, sino por necesidad estructural.

El caudillo no fue un símbolo de libertad, sino un dispositivo de orden. Así como Morales, siglos después, cumpliría una función de aglutinador frente a un Estado desarticulado, Bolívar funcionó como garantía de protección frente a las amenazas de Lima o Buenos Aires. El país se llamó Bolivia por una jugada diplomática inteligente, pero también —según Echalar— por una peligrosa “zalamería histórica”.

La decisión de crear una nueva república no vino acompañada de un relato emancipador robusto, sino de una jugada diplomática pragmática. Al renunciar a depender de Lima o de Buenos Aires, y al seducir a Bolívar para que avale la autonomía del Alto Perú, las élites de Charcas garantizaron su supervivencia bajo un nuevo nombre. El resultado fue un país que no nació desde la fuerza ni desde la pasión colectiva, sino desde la urgencia y el cálculo.

LOS INVISIBLES DEL RELATO: PACTOS, FRACTURAS Y HERENCIAS QUE NO MURIERON

Loza desmontó con agilidad el mito de una independencia lineal y gloriosa. No hubo solo héroes libertarios: hubo realistas convencidos, indígenas con proyectos paralelos, élites regionales en disputa y una multitud de oportunistas atentos a quién ganaba la guerra. El relato oficial invisibilizó esta complejidad, presentando una falsa unidad donde hubo confusión, ambivalencia y pactos circunstanciales.

Echalar aportó una mirada crítica sobre las instituciones de la naciente república, recordando que, pese al discurso de modernidad, gran parte de la estructura colonial fue preservada. El tributo indígena siguió vigente bajo otro nombre, las jerarquías sociales no fueron abolidas sino recicladas, y la república liberal se construyó sobre cimientos virreinales apenas maquillados. Incluso la reforma de Sucre —que intentó crear un nuevo orden tributario— fracasó rápidamente ante el boicot de comerciantes, mineros y hacendados.

La figura del indígena, lejos de ser un sujeto pasivo, aparece en esta narrativa como un actor sofisticado que pactó con ambos bandos para proteger su territorio, sus formas de organización y su economía local. Lejos de identificarse con la república o la corona, los ayllus mantuvieron una agenda paralela, centrada en la continuidad comunal más que en las ideologías externas.

La república, al adoptar modelos franceses y norteamericanos sin adaptar su contenido, rompió con el orden virreinal pero no logró reemplazarlo con uno nuevo. Se crearon constituciones liberales en un país que no tenía ni burocracia, ni infraestructura, ni una ciudadanía unificada. La ruptura con España se convirtió también en una ruptura con la institucionalidad efectiva, abriendo décadas de improvisación, caudillismo y una tensión irresuelta entre el discurso moderno y la práctica colonial.

REPETIMOS PARA EXISTIR: ENTRE EL ESTADO FALLIDO Y LA IDENTIDAD QUE RESISTE

El presente emergió como eco del pasado. La indecisión sobre el litio, la disputa sin resolución por el modelo plurinacional, el retorno cíclico del centralismo, las fracturas regionales: todo resonaba con patrones históricos no resueltos. Loza advirtió que Bolivia parece repetir su historia no por ignorancia, sino porque esas repeticiones han sido funcionales para sobrevivir.

El debate giró entonces hacia la noción de “estado fallido”, una etiqueta que ha calado en el imaginario colectivo. Echalar defendió la idea de una Bolivia pacífica, persistente, menos violenta que sus vecinos, capaz de mantenerse unida pese a condiciones geográficas y sociales adversas. Loza, en cambio, propuso una lectura más cruda: Bolivia no es gloriosa, pero sí testaruda. No ha logrado consolidarse como proyecto nacional, pero tampoco ha colapsado. Esa resistencia contradictoria —imperfecta y a veces cínica— es, quizás, su forma más honesta de identidad.

El país, argumentaron ambos, ha sido más un territorio de pactos que de revoluciones. Pactos entre regiones enfrentadas, entre actores económicos, entre caudillos y burocracias. Pactos

tácitos para no romper del todo. Pactos que permitieron evitar guerras civiles largas, que diluyeron rupturas con negociaciones, que mantuvieron una unidad disfuncional pero viva.

Uno de los momentos más agudos del análisis fue el paralelo entre 1825 y 2019. Así como la república nació de una crisis total sin dirección clara, la caída de Morales reveló una ciudadanía capaz de generar un giro inesperado sin estructura partidaria ni liderazgo unificado. Un acto de fuerza colectiva sin dueño. Fue una independencia mínima, pero suficiente para demostrar que Bolivia aún puede reinventarse.

CONSIDERACIONES FINALES

Este diálogo confirmó que Bolivia no es un país de épicas, sino de persistencias. No hay una narrativa única que nos redima o nos condene, pero sí una historia común marcada por pactos, renuncias, contradicciones y una obstinación casi inexplicable por seguir existiendo. La república no fue un acto de liberación, pero sí el inicio de una larga —y aún inconclusa— negociación sobre quiénes somos.

Quizás no haya mucho que celebrar en el bicentenario si se busca gloria. Pero sí hay algo profundamente valioso si se reconoce que, entre la derrota y la invención, entre la anomia y la terquedad, Bolivia ha resistido 200 años sin desaparecer. Eso, por sí solo, ya es un legado.

Disertantes: **Agustín Echalar** (Analista y Columnista)
Sayuri Loza (Historiadora e Investigadora)

Moderador: **Erika Brockmann**

Enlaces de Video:

- **Facebook:**

<xxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxx>

- **YouTube:**

Agustín Echalar <xxxxxxxxxxxxxx>
Sayuri Loza <xxxxxxxxxxxxxx>